

## RESEÑA DE LIBROS

### LOS ÚLTIMOS DÍAS DE UN FORJADOR DE MITOS

*Artículo-reseña\**

KASSAHUN CHECOLE\*\*

El emperador, de pie, escuchó las palabras del oficial, y luego expresó su agradecimiento hacia todos diciendo que el ejército nunca lo había defraudado y agregando que *si la revolución es buena, entonces él, también, apoyaba la revolución y no se opondría al destronamiento.* (*The Emperor*, p. 162).

QUIZÁS UNA DE LAS PERSONALIDADES más fascinantes e intrigantes del siglo XX, Haile Selassie reinó supremo, a través de un largo período de hechos históricos, sin hallar paralelo en otros monarcas. Pero los monarcas se habían pasado de moda desde hacía bastante tiempo, y es sorprendente y divertido notar que Haile Selassie I, Rey de Reyes, León de Judá, Emperador de Etiopía, no sólo puso de moda nuevamente esta tradición gastada, sino que la volvió viable y ligera.

Haile Selassie I fue destronado el 12 de septiembre de 1974, después de casi medio siglo de reinado, por una revolución torcida cuyo centro pasó de las masas populares a un entramado denso de soldados. Durante el período de crisis creciente que comenzó en febrero de 1973, hasta el momento en que fue destronado, Haile Selassie I mantuvo orgullosamente su decoro y tomó con gracia y economía las emociones tambaleantes de sus cortesanos, y la caída y destrucción de su clase, se tratara de aristócratas o de plebeyos leales.

Ryszard Kapuściński, un periodista polaco, ha producido un libro

\* Ryszard Kapuściński, *The Emperor: Downfall of an Autocrat*, New York, Harcourt Brace Jovanovich, 1983, 164 pp. Kapuściński usa iniciales para identificar a sus informantes a lo largo de su libro. Fue necesario proteger su identidad porque las entrevistas fueron hechas durante el momento culminante del levantamiento revolucionario de 1973.

\*\* Kassahun CHECOLE es profesor en la Universidad de Rutgers y recientemente ha trabajado como Investigador visitante en El Colegio de México. Además es director del Proyecto de Investigación y Publicaciones sobre África, en Estados Unidos.

brillante que nos cuenta los detalles más insignificantes del esplendor y la vida de la corte de Haile Selassie. Es un libro urdido desde las tristes pero inamovibles perspectivas leales, de gente que a pesar de haber estado siempre rodeada de pretendientes sedientos de poder, se daba cuenta muy claramente de los recovecos y el significado de cada acto, de cada acción y de cada idiosincrasia dentro de la vida de la corte. Los cortesanos de Haile Selassie I y sus *valets*, acosados, para decirlo de alguna manera, por los insistentes intentos de Kapuściński, nos ofrecen un relato deslumbrante y elocuente de la vergüenza y esplendor, el ascenso y caída, las intrigas y planes de la corte que rodeaban a la persona del Emperador.

En el incisivo libro de Kapuściński, el Emperador surge como una figura triste y solitaria, indómita y siempre precavida, un hombre de voluntad sorprendente que podía sobrevivir siendo más astuto que sus enemigos o sus amigos. Sobre todo, el Emperador fue un sobreviviente que perfeccionó el arte de manipular gentes y hechos, pero también un hombre poseído que tuvo la osadía de no dejar en manos de extraños, incluidos sus propios parientes, los más insignificantes detalles que conformaban la base de su poder. El Emperador poseía el instinto del poder político, e hizo un uso muy inteligente del “desorden” y la “mediocridad”.

Hacia el final, Haile Selassie fue víctima de este mismo “desorden” y “mediocridad” que él tan hábilmente había promovido y utilizado para sobrevivir a las intrigas de su corte y a la “ingratitude” rebelde de los súbditos de su imperio.

### La idiosincrasia de un autócrata

Haile Selassie, el autócrata, utilizó cada aspecto de su vida para mantener y aumentar su posición de poder. Es sólo bajo estas condiciones que se pueden entender sus idiosincrasias personales tan variadas, que fueron entrelazadas con habilidad en el aura y mistificación que rodeaban a su persona. Está el caso, por ejemplo, de su pequeño perro japonés, Lulu. El informante F. cuenta a Kapuściński:

Se le permitía dormir en el gran lecho del Emperador. A lo largo de las diversas ceremonias, se apartaba del regazo del Emperador y orinaba en los zapatos de los dignatarios. Los augustos caballeros tenían prohibido moverse o hacer el más mínimo gesto cuando sentían que sus pies se humedecían. Yo tenía que marchar entre los dignatarios y secar la orina de sus zapatos con una tela satinada. Éste fue mi trabajo durante diez años.

En la tarea de humillar a sus funcionarios y a los pretendientes reales, Lulu, el perro hacía gran parte del trabajo. Esto formaba parte de la fabricación de un mito, el mito que efectivamente rodeaba a la persona del Emperador. Estos mitos eran eficazmente arrojados a la máquina del rumor ciudadano, que adoraba a Haile Selassie como si se tratara de un dios capaz de realizar milagros. Esta tarea de fabricación de mitos estaba igualmente integrada a la rutina diaria de Haile Selassie. Él debía ostentar tronos enormes, aunque era pequeño y de corta estatura, y poseía los medios para resolver el dilema evidente de un trono demasiado grande y los pies colgantes, "contradicción muy sensible y problemática". G. S.-D. refiere a Kapuściński:

Yo fui el portador de cojines de Su Más Virtuosa Excelencia durante veintiséis años. Acompañé a Su Majestad en sus viajes alrededor del mundo y, para serle sincero, y lo digo con orgullo, Su Majestad no podía ir a ninguna parte sin mí, puesto que su dignidad requería que siempre se sentara en un trono, y él no podía sentarse en un trono sin un cojín... Yo había llegado a dominar este protocolo especial, y adquirí un conocimiento muy útil y experto: la altura de los diferentes tronos... Yo tenía cincuenta y dos cojines de distintos tamaños, grosor, materiales y colores.

El número de cojines era ligeramente superior a los veintisiete automóviles que Haile Selassie guardaba en sus numerosos palacios. Se dice que "apreciaba el Rolls-Royce por la dignidad de sus líneas, pero a veces, para cambiar, usaba Mercedes Benz o Lincoln Continental".

Haile Selassie, el forjador de mitos, sin embargo, no siempre confiaba en su sagacidad. Mantenía un grupo de astrólogos de la India, quienes leían e interpretaban diariamente su fortuna, y se dice que el Emperador jamás abandonó su palacio sin haberlos consultado previamente.

### **Administración de la política de poder imperial**

Tratándose de una persona muy trabajadora e infatigable, que consideraba el dormir como "una necesidad calamitosa que le robaba lamentablemente el tiempo que podría dedicar a gobernar o a sus funciones imperiales", Haile Selassie se levantaba a las cuatro o cinco de la mañana y administraba su día de manera muy exacta, tal como se observa en las quejas de su "cucú" profesional:

Aun cuando yo era un alto funcionario de ceremonial, a mis espaldas me llamaban el cucú de Su Distinguida Majestad. Ello se debía a que un reloj suizo, con un cucú que anunciaba las horas, estaba colgado en el despacho del Emperador. Yo tenía el honor de cumplir un deber similar en las horas en que Su Alteza se hallaba entregado a sus obligaciones. Cuando, de acuerdo con el protocolo oficial, el Emperador debía cambiar de actividad, yo tenía que pararme frente a él y hacerle varias reverencias. Era la señal para que Su Perspicaz Majestad supiera que había concluido la hora y de que era el momento de iniciar otra actividad.

Aunque algunos "burladores", como G. H.-M. los llama, se reían de esto, Su Majestad seguía puntualmente su agenda, ocupándose de numerosos asuntos que afectaban a su imperio. Attendía, por lo menos, siete funciones oficiales diarias, divididas en "horas": la hora de sesiones, de caja, de los ministros, de la Suprema Corte, de desarrollo, y de ejército y policía. Pero el día de Hailes Selassie empezaba mucho antes, cuando inspeccionaba sus jaulas con leones y tigres, mientras escuchaba los asuntos de importancia que le relataban sus informantes, tal como lo cuenta Y. M.: "El Emperador comenzaba el día oyendo a sus informantes. La noche es refugio de conspiraciones peligrosas y Haile Selassie sabía que lo que ocurre en la noche es más importante que cuanto sucede de día. Durante el día vigilaba a todos, pero no podía hacerlo en la noche..."

Y. M. refiere que Haile Selassie prefería los informes orales por las ventajas que esto ofrecía al Emperador, quien podía negar los reclamos de un informante sobre otro, o de un dignatario sobre otro, en ausencia de pruebas escritas. El día de Haile Selassie comenzaba invariablemente con un paseo muy temprano por los terrenos del palacio, donde lo aguardaban numerosos informantes, escondidos unos de otros entre árboles y arbustos, tales como Solomon Kedir, jefe de espías del Palacio. Makonen Habte-Wald, el hermano del Primer Ministro etíope Aklilu, dice al respecto: "Aparece de súbito y, un paso atrás del Emperador, le da su informe". Makonen, Ministro de Industria y Comercio, tenía "su propia red de informantes, tanto para satisfacer su absorbente pasión por la intriga, como para congradarse con Su Venerable Alteza". Además, había muchos cuyo único deber en la vida era "ser obsequiosos" con el Emperador. Pero, volviendo a los paseos matinales, Haile Selassie se encuentra con otro espía:

A continuación, como si brotara del suelo, aparece la encorvada silueta del devoto confidente Asha Walde-Mikael. Este dignatario supervisa

la policía política gubernamental. Compite con el servicio de inteligencia palaciega de Solomon Kedir y está enfrentado enérgicamente a las redes privadas de informantes, tales como la de Makonen Habte-Wald...

Finalizado su paseo, el Emperador oye la información recogida la noche anterior por el personal de Asha. Da de comer a los perros y a la pantera negra, y se para a admirar el oso hormiguero que acaba de recibir como regalo del presidente de Uganda...

Después de recibir la información sobre lo que está sucediendo en su Palacio y en el imperio, Haile Selassie regresa a su rutina diaria, tal como lo indica la agenda, y decide sobre los diferentes asuntos, de acuerdo con los datos de sus informantes.

La manera en que Haile Selassie manejaba la codicia y las luchas por el poder de sus cortesanos y de los pretendientes reales es muy instructiva, y hace de él uno de los maestros en lo que se refiere a administración del absolutismo en el siglo XX.

T. L., otro de los informantes de Kapuściński, echa luz sobre las intrincadas y delicadas manipulaciones del poder político en Palacio. La filosofía y la lógica que guiaban las decisiones de Haile Selassie en asuntos esenciales para su gobierno se basaban en una singular comprensión y manipulación de los deseos y ambiciones de la gente que lo rodeaba. Cultivaba la lealtad, se apartaba de los grupos facciosos —aunque se aprovechaba de sus enfrentamientos— desconfiaba del talento y favorecía la mediocridad, mantenía controlada a la aristocracia y balanceaba las ambiciones de ésta apoyándose en la gente plebeya de confianza. En síntesis, T. L. nos cuenta: Haile Selassie “deseaba básicamente el orden, con un margen de desorden sobre el cual pudieran ejercer la benevolencia monárquica”. Pero estaba muy alerta de las amenazas provenientes del sector aristocrático. T. L. continúa:

Su Majestad Suprema, partidario de un estado fuerte y del poder centralizado, tenía que llevar adelante una lucha hábil e ingeniosa contra la facción aristocrática, que quería gobernar en las provincias y mantener un Emperador débil y sumiso. Pero él no podía combatir a la aristocracia con sus propias manos, por lo que siempre promovía en su círculo, como representantes del pueblo, a jóvenes brillantes provenientes de los estratos plebeyos más bajos, escogidos a menudo de entre la multitud que rodeaba a Su Majestad cada vez que aparecía en público.

Las amenazas provenientes del sector aristocrático es en parte la razón por las que Haile Selassie conservara absoluto control sobre los

asuntos personales. T. L. dice: "...el Emperador no sólo decidía sobre todas las promociones, sino que también las comunicaba personalmente. Él solo suplía los puestos en la cúspide de la jerarquía, así como los de nivel bajo y medio".

En especial, Haile Selassie elegía personalmente a sus colaboradores "no sobre la base de su talento, sino sólo y exclusivamente por su lealtad". Y tomaba crueles represalias contra los sospechosos de deslealtad y los que amenazaban con desorden el orden establecido. Tal fue el destino del Príncipe Imru, popularmente conocido como el Príncipe Rojo, quien, debido a sus puntos de vista liberales, logró enfurecer a Haile Selassie, que distribuyó sin consultarle parte de sus tierras entre los campesinos que trabajaban en su feudo. Por un acto de deslealtad del "Príncipe Rojo" Haile Selassie lo hizo peregrinar en el exilio, durante veinte años, en diversas embajadas etíopes en el extranjero.

Haile Selassie no sólo gobernaba por medio de uso brutal e inteligente del poder, sino también por la magia mística que logró levantar a su alrededor. Luchó con decisión contra cualquier amenaza y cualquier desafío a la mística que todo lo abarcaba de Emperador "elegido de Dios" que todo lo sabe y todo lo da. T. L. enfatiza el significado y la magnitud de la necesidad de mantener esta mística alrededor del Emperador:

Para decirlo crudamente, el Rey de Reyes prefería malos ministros. Y el Rey de Reyes los prefería así porque gustaba de aparecer bajo una luz favorable, en contraste con ellos. ¿Cómo podría haberse mostrado de manera favorable de haberse rodeado de buenos ministros? El pueblo se habría desorientado. ¿Adónde habría recurrido por ayuda? ¿De qué sabiduría y bondad habría dependido? Todos serían buenos y sabios. ¿Qué desorden habría sobrevenido en el imperio si en lugar de un sol brillaran cincuenta y cada uno rindiera tributo al elegido personalmente! No, mi querido amigo, no se puede exponer al pueblo a tal desastrosa libertad. Sólo debe haber un sol. Tal es el orden de la naturaleza, y lo demás es herejía...

Así, rodeándose de servidumbre incompetente, pero leal, Haile Selassie resolvía eficazmente dos problemas: mantenía bajo control las ambiciones de la facción aristocrática y abrumaba al mundo, y particularmente a sus súbditos, con sus "magnificentes" habilidades comparadas con las de sus funcionarios.

### El fin de algo bueno

Pero es también esta misma táctica la que puede haber conducido a la caída de Haile Selassie. El estado-imperio estaba demasiado obsesionado con sus propias riñas internas, así como con la codicia y la competencia de los cortesanos. Por detrás, el imperio estaba derrumbándose. En los años sesenta, la rebelión de los hermanos Neway dio las primeras señales de la crisis inminente. La rebelión fracasó, y los hermanos fueron perseguidos y asesinados, situación extrema para Haile Selassie, quien prefería cooptar a los rebeldes en lugar de castigarlos. La rebelión de los hermanos Neway dejó una marca en la psicología de la nación. Habían sembrado la semilla de la rebelión entre la reducida clase de intelectuales. "Desarrollo" y "reforma" se convirtieron en ideas de moda, y el gobierno adoptó estos conceptos a su manera. P. M. relata a Kapuściński:

...instantáneamente, todos quieren su desarrollo. Instantáneamente, presionan, arman revuelos, urgen a que se los desarrolle, se les haga progresar, se los ponga al día. Y es demasiado, amigo, para rechazar estas voces sin desatar motines, gritos, rebeliones, negativismo, frustración y rechazo. Nuestro Imperio había existido por cientos, incluso miles de años, sin un desarrollo evidente y, sin embargo, los líderes habían sido respetados, venerados, adorados...

De pronto, Haile Selassie se unió también al coro de los abogados del "desarrollo" y la "reforma". Creó un ministerio-escaparate, el Ministerio de Reforma Agraria, y con su típica y egocéntrica actitud, inició proyectos de prestigio: hospitales, aeropuertos, cervecerías, etc., todos bautizados con su nombre. Pero parece que el pueblo mostraba pruebas de "ingratitude" y P. M. habla entonces de la cuestión fundamental del momento:

El desarrollo, se decía, es imposible sin la reforma. ¿Debería otorgarse tierra a los campesinos, abolir los privilegios, democratizarse la sociedad, liquidar el feudalismo y liberar al país de la dependencia? Lo pregunto. Nosotros éramos independientes. ¡Habíamos sido un país independiente durante tres mil años! Esto puede sonar ligero para usted. Pero yo me pregunto: ¿cómo se reforma, cómo se puede reformar sin que todo se venga abajo? ¿Cómo se puede mover algo de su lugar sin que todo se derrumbe?...

Las demandas de la edad moderna comenzaban a acosar a Haile Selassie. Se encontraba cansado de la ingrata "insolencia", particular-

mente de los estudiantes, que adquirieron la costumbre de realizar manifestaciones. Por ello, adquirió el hábito de viajar al exterior y de "honrar a las tierras de Europa" y del resto del mundo con sus visitas. Otro informante, T., habla a Kapuściński de los nuevos fetiches del autócrata:

...Su Majestad veía más profundamente, más agudamente dentro de las cosas que cualquiera de nosotros. Sabía que el fin se aproximaba y que él era demasiado viejo para impedir la avalancha inminente. Cuando más viejo, más desvalido. Cansado, exhausto. Necesitaba alivio y liberación de sus preocupaciones. Y estos viajes constituían para él un respiro, una oportunidad para tomar aliento...

Como resultado de estas giras por el exterior, Haile Selassie debe haber pensado que había encontrado la solución a las insistentes demandas de los estudiantes, tal como lo expresa T.:

Su Majestad establecía su superioridad frente a los estudiantes mostrándoles que el desarrollo sin reforma es posible. ¿Y cómo?, usted se preguntará. Si se utiliza el capital extranjero para construir fábricas no se necesitan reformas. Por ello, Su Majestad no permitía reformas, porque las fábricas se estaban construyendo. Eso significa desarrollo...

Sin embargo, los estudiantes no se encontraban satisfechos con el "desarrollo" de Haile Selassie y continuaron asaltando las calles gritando "vergüenza" y acusando al gobierno de corrupto y negligente. Para complicar aún más la situación, el país fue sacudido por una terrible sequía, a fines de los sesenta, la que, cuando terminaba 1973, había cobrado 200 000 víctimas entre los campesinos. Pero el país contaba con muchos alimentos, desparejamente distribuidos, mientras la exportación de productos agrícolas estaba en su apogeo.

La hambruna de Wello, muy publicitada en el extranjero, agitó el delicado entorno de Haile Selassie. Los aristócratas y los funcionarios fueron también muy perjudicados por la publicidad negativa en el exterior y por las manifestaciones estudiantiles en el país. A. A. relata a Kapuściński:

Antes que nada, la muerte por hambre había existido en nuestro Imperio durante cientos de años, y era una cosa cotidiana, natural, sobre la que a nadie, jamás, se le habría ocurrido armar un escándalo. La sequía sobrevendría y la tierra se secaría, el ganado moriría y los campesinos sufrirían hambre, todo de acuerdo con las leyes de la naturaleza y el orden eterno de las cosas.

---

Y parece que estas "leyes de la naturaleza y el orden eterno de las cosas" tenían utilidad política, tal como lo manifiesta A. A.:

Considere asimismo, mi querido amigo, y que esto quede entre usted y yo, que no es malo para el orden y para el sentido de humildad nacional que los súbditos enflaquezcan, adelgacen un poquitín...

También esto parece tener una base filosófica, pues A. A. agrega:

¿Cómo, entonces, puede uno confrontar esa amenazadora criatura que parece ser el hombre, que todos somos? ... Sólo existe un camino, mi amigo: debilitándolo. Sí, privándolo de su vitalidad, pues sin ella será incapaz de cometer errores. Y debilitar es exactamente lo que la abstinencia logra. Tal es nuestra filosofía amhárica y tal es lo que nuestros padres nos enseñaron. La experiencia lo avala. Un hombre con hambre crónica jamás se rebelará. En el Norte nunca ha habido rebeliones. Nadie ha levantado la voz ni la mano. Pero deje usted que el súbdito comience a comer hasta llenarse y trate de arrebatarse su plato, y verá cómo se declara en rebeldía. La utilidad de mantener el hambre es que el hambre hace que el individuo sólo piense en el pan.

Pero, ¿era realmente así? A comienzos de febrero de 1973, algo totalmente distinto de la filosofía feudal amhárica comenzó a surgir, y el hambre, precisamente la del Norte, se rebeló. A principios de los setenta, todo tomó un rumbo nuevo. Los soldados, los estudiantes y los campesinos se rebelaron. La confusión, el miedo, el rumor y las torpezas se transformaron en marca de las clases dirigentes, las que comenzaron a dividirse, inseguras e indecisas. Nunca habían confrontado rebeliones semejantes provenientes desde abajo, aunque Haile Selassie parecía haberlas esperado, tal como lo expresa Kapuściński:

Parece ser que sólo él, dentro del círculo dirigente, comprendió que la ola que se había desatado no podía ya detenerse. Todo se derrumbaba. Sus manos estaban vacías. Empezó a ceder y, más aun, dejó de gobernar. Camufló su existencia, pero los más cercanos a él sabían que en realidad no estaba haciendo nada. Había dejado de actuar.

Haile Selassie, el gran forjador de mitos del siglo, sabía cómo enfrentarse a la realidad. Pasó los últimos días solo en Palacio, habiendo perdido a sus cortesanos, sus parientes aristocráticos más próximos, sus funcionarios plebeyos y sus reverentes adoradores, que se encontraban en las diferentes prisiones de Addis Abeba. En los últimos días su única compañía fue su *valet*, que lo ayudaba a

vestir sus uniformes militares, "ora sus uniformes ceremoniales, ora los uniformes de campo, la ropa de batalla que llevaba cuando observaba las maniobras". Y en verdad era una maniobra muy espectacular la que estaba observando cuando los guardianes espontáneos de la revolución avanzaron casi sin obstáculos hasta el poder. No hay mejores palabras para recordar los últimos días de Haile Selassie que las de uno de sus cortesanos, D., que relata la historia del presuntuoso 82 cumpleaños de Haile Selassie, celebrado por el monarca en el alba de su destronamiento:

Ese día estaba cayendo una llovizna helada y la niebla flotaba en el aire cuando Su Majestad salió al balcón para hacer un discurso. Inmediatamente detrás de él había una puñado de dignatarios empapados y deprimidos (el resto estaba en la cárcel o había huido de la capital). No había gente: sólo los sirvientes del Palacio y algunos soldados de la Guardia Imperial parados en un extremo del patio vacío. Su Augusta Majestad expresó su compasión por las provincias que padecían hambre y dijo que no impediría ningún cambio que condujera al desarrollo fructífero del Imperio. También agradeció al ejército por su lealtad, alabó a sus súbditos, les dio ánimos y les deseó buena suerte. Pero hablaba tan rápido que, a través de la lluvia cerrada, era difícil distinguir las palabras. Y sepa, mi amigo, que llevaré conmigo este recuerdo hasta mi tumba, pues todavía puedo oír cómo la voz de Su Majestad se quiebra, y puedo ver cómo las lágrimas ruedan por su venerable rostro. Y después, sí, después, por primera vez, pensé para mí que todo se estaba acabando, que en ese día lluvioso toda la vida se estaba desvaneciendo. Estábamos cubiertos por el frío y la niebla persistente, y la luna y Júpiter se habían detenido en las casas doce y diecisiete para trazar un cuadrado.

¿Puede ser que las lágrimas de Haile Selassie estuvieran marcadas por algún sentimiento de culpa, o es que él todavía se estaba quejando por la "ingratitude" de sus súbditos plebeyos? Nunca lo sabremos. Pero los informantes nocturnos de Kapuściński refirieron sus increíbles historias tan elocuentemente, tan generosamente, que pueden servir para crear una mística de Haile Selassie, mucho tiempo después de sus últimos días en el poder y en la vida.

*Traducción del inglés:*  
GUILLERMO QUARTUCCI